

"Donde la memoria se hace cuerpo"

Era sábado y el mediodía se acercaba. Nos dirigimos al sitio de memoria "Olimpo" en grupo: mi hermana, mi cuñado, mi novia y su hermana. Éramos personas conocidas entre nosotras, pero para todas, era la primera vez que visitamos un sitio de memoria.

Yo iba tranquila. Conozco la historia de mi país, me interpela, pero aun así me preguntaba por qué nunca antes había ido a un sitios de memoria. Hacía frío; el invierno apenas comenzaba.

Al llegar, nos recibió Lorena. Era simpática y, al mismo tiempo, muy seria. Tenía esa habilidad de transitar entre ambas expresiones con naturalidad, como si ser guía en un lugar así exigiera saber habitar esa doble cara permanentemente.

Mientras esperábamos a que llegaran otras personas, nos hicieron pasar a una sala en planta baja. Adentro estaba cálido; nos sentamos en ronda, y así comenzó la visita.

Yo estaba muy predisposta, atenta. Lorena, mientras nos contaba la historia del sitio, pasaba de la sonrisa a la seriedad sin esfuerzo. Nos relató que antes allí había funcionado una estación de tren, que luego fue cedida a la Policía Federal y que finalmente fue recuperada gracias a la lucha organizada de vecinos y vecinas, familiares y sobrevivientes. Escuchaba con atención y me sentía conmovida. Mi cabeza no paraba de confirmar lo poderosa que puede ser la unión de las personas.

Se generó un breve intercambio con preguntas y comentarios. Luego nos levantamos y salimos al patio. Caminamos hacia el sector señalado como "pozo", por ser el único espacio con huellas físicas conservadas de lo que allí ocurrió.

Al cruzar esa puerta, algo cambió. El rostro de Lorena ya no mostraba matices, fruncía el ceño y su voz se volvía más firme, no solo para hacerse oír en el vacío del espacio, sino porque había cosas que quería resaltar con fuerza. En mí también empezó a transformarse todo. Ya no era solo atención, ahora era el cuerpo el que empezaba a hablar.

Sí, hacía frío. Pero era un frío distinto. Un frío que venía del cemento, de las chapas, del metal, de la crueldad. Un frío sostenido por las palabras tristes que comenzaban a habitar el recorrido. El impacto se intensificó a cada paso. Sentía miedo, angustia, impotencia. Ganas de llorar. El cuerpo reaccionaba.

Entrar al pozo fue uno de los momentos más difíciles, una sensación corporal de ahogo, tristeza e injusticia, mientras el relato de lo sucedido, mi cabeza intentaba procesar todo lo que decía con la voz y con el cuerpo Lorena. Ella nos señalaba el suelo, las paredes, los portones, las fotos, las frases, todo tenía una marca, todo hablaba, no solo Lorena. Yo, mientras tanto, intentaba retener cada palabra, cada gesto. Era información nueva, valiosa. Quería recordarlo todo, para poder contarlo después.

Seguí angustiada y con frío. Pero no estaba sola, que importante. Compartir la experiencia con otras personas daba un poco de contención. Las miradas se cruzaban, a veces buscando decir "yo también estoy sintiendo esto"; otras veces se esquivaban, quizás por no poder sostener esa emoción compartida.

El silencio era absoluto. Solo se oía la voz de Lorena, que nos hablaba de las personas detenidas, de lo que habían sufrido, de todo lo que padecieron en ese lugar. Cada palabra caía con un peso particular, cargada de sentido y de memoria. Mi cabeza no podía dejar de pensar en el horror condensado en esos seis meses de funcionamiento del centro clandestino, en esas 800 personas que, según nos contaba Lorena, habían pasado por allí. Intentaba hacer cuentas, pero no cerraban. En la calculadora del cuerpo y la razón, la regla de tres simple entre tiempo, crueldad y cantidad de víctimas arrojaba siempre un resultado imposible. Negativo. Como negativa debería haber sido, desde un principio, la respuesta social ante semejante atrocidad. Como negativas deberían haber sido, sin titubeos, todas las sentencias para cada uno de los responsables.

Después iniciamos una caminata que me resultó eterna. Atravesamos el patio otra vez, esta vez hacia el edificio donde habíamos empezado la visita. Pero ahora subimos al primer piso. Al llegar, una luz tenue entraba por la ventana, como un rayo que rompía la oscuridad. Algo en esa imagen me transmitió una pequeña esperanza. El ambiente era un poco más cálido. Nos invitaron a sentarnos en el piso, y sentí que me desplomaba, como si el cuerpo por fin soltara todo lo que venía sosteniendo.

Lorena nos ofreció unas carpetas, todas diferentes, de colores. Cada quien tomó una. La mía hablaba de Ernesto, un joven de 22 años, hinchita fanático de Vélez. Había fotos suyas, incluso su carnet del club. Y en ese momento, algo se movió en mi cara: una pequeña mueca parecida a una sonrisa, como un gesto de ternura y alivio. Era la primera vez, en todo el recorrido, que sentía algo así. Me sentí conectada. Yo soy de Boca, pero igual de fanática. Algo compartíamos.

En la carpeta también conocí a su familia. Había cartas de su madre, que le prometía esperarlo con su comida preferida. Descubrí que tenía una hermana y un hermano, como yo. Una foto los mostraba en la playa, en Villa Gesell, donde también veraneé toda mi infancia con mi familia. Esa coincidencia me tocó profundamente.

Entonces volvió la tristeza. Más honda, más personal. Porque esa historia, que parecía tan lejana, de repente se parecía demasiado a la mía.

Sentía una ambigüedad difícil de nombrar: en este lugar no hubo un “después”; apenas llegaban, comenzaba el horror. Pero, al mismo tiempo, acercarnos a esos relatos nos permitía recuperar, aunque fuera en parte, algo de la humanidad que les fue negada.

Cada tanto levantaba la cabeza y veía que los rostros de las y los demás también habían cambiado. Aparecían pequeñas muecas, sonrisas suaves, gestos de sorpresa o emoción. Ya no se respiraba la misma desolación del comienzo: ahora las miradas se cruzaban, se sostenían. Compartíamos lo que estábamos viendo, leyendo, sintiendo. Ya no había tanto frío, ni tanto silencio. Se sumaban otras voces, no solo las nuestras, también las de quienes habían pasado por el sitio.

A los pocos minutos, el recorrido llegó a su fin. Nos miramos en silencio. Y sin necesidad de decirlo, comenzamos a hablar. Compartimos lo que habíamos leído, las historias de quienes, a través de esas carpetas, nos habían salido al encuentro. Algo se había encendido. Hablar, contar, poner en palabras lo que nos atravesaba se volvió casi

inevitable. Era una necesidad urgente y corporal. El cuerpo pedía un lugar donde quedarse un rato más: un espacio seguro, donde la conversación pudiera ser refugio y las emociones, territorio compartido.

El recorrido terminó, sí, pero algo quedó latiendo, haciendo ruido por dentro. Una no sale igual. Visitamos un sitio que guarda lo indecible, pero que también apuesta por la construcción colectiva de la memoria. En ese gesto, algo se resignifica: el dolor se enlaza con la palabra, y lo individual se vuelve común.

Después de la visita, comprendí algo que antes no había pensado con tanta claridad: los sitios de memoria no están solo para recordar lo que pasó, sino para traerlo al presente. Para volver a mirar, a sentir, a preguntarnos. Para pasar por el cuerpo.

Son espacios que permiten nombrar lo inenarrable, pero también imaginar otros futuros posibles. Me fui conmovida, atravesada por una mezcla de tristeza, de bronca, pero también con la certeza de que algo se había encendido. Como si el recorrido no termina al salir, como si, al cruzar esa puerta, el rol pasará a ser también nuestro: seguir hablando, seguir escuchando, seguir construyendo memoria colectiva.

Desde entonces, siento un compromiso distinto. Todo lo que aprendí y sentí ya no puede quedar solo en mí. Necesita salir, compartirse, multiplicarse. Porque recordar no es suficiente si no va acompañado de acción, de palabra, de transmisión. Y porque lo que pasó no se queda atrás: nos convoca, nos atraviesa y, sobre todo, nos obliga a no olvidar.

Marina Sisca
DNI: 40129246